

El viaje fue largo

Eledora Guerra

Eran las cinco de la tarde en Cd. Juárez, Chihuahua, el lugar que me veía crecer ¿Quién diría que esa tarde después de escuela todo cambiaría? El viaje más largo de mi vida se avecinaba, y yo ni lo sentía. Mi madre abrió a la puerta del cuarto, pero yo apenas podía escuchar, cuando de repente dijo: “Te vas, hija mía”. Lo decía con una sonrisa enorme, como si algo bueno hubiese pasado, pero en realidad era que ya por varios meses todo iba de mal en peor. En sus manos poseía una hoja, medio roja, con números y letras; lo único que reconocí fue “United States of America”, y debajo de ellas mi nombre: “Eledora Guerra.” Sus ojos me lo decían todo; el silencio se apoderó de mí; mi cielo se me abatía; mi vida giró completamente. La nostalgia me invadía e irrumpía en mi alma. Yo todo lo dejaba, y partía con las manos vacías. En camino a otro país, al estado de Colorado.

A los dieciséis años, me diagnosticaron una enfermedad en la sangre: anemia con principios de leucemia. Como no había dinero en casa, decidí ocultarlo por casi un año. La enfermedad empezó a apoderarse de mi cuerpo, dejándome desgastada, chorreando de dos a tres horas sangre por la nariz, pálida, casi cadavérica, débil, frágil, más muerta que viva. Fue entonces que mi madre decidió que mi lugar ya no era con ella. Así fue cómo comenzó un viaje que me desprendía de la gente que yo más amaba para llevarme a donde se suponía que todo mejoraría, donde me regalarían vida.

El viaje fue como un reflejo de mi enfermedad. Me dolía, me lastimaba, malograba cada hora, cada minuto. Cada segundo me sentía más lejos, no sólo de mi familia, sino también de lo que era yo. El miedo se engrandecía, cada parada del autobús era un recuerdo de que ya no estaba en mi tierra, con mi idioma, mi cultura, con los míos. Pensaba que si mi enfermedad no se remediaba nunca más volvería con mis seres queridos. La frustración, el coraje, las ganas de llorar y el miedo de que el tiempo pasara y mi gente poco a poco se olvidara de mí, me hacían reprocharle a Dios todo lo que me estaba pasando. Recargada en la ventana del autobús, abrazada de mi peluche favorito, me mantenía la esperanza de llegar para ver a Pepe, mi hermano mayor, y no sentirme tan sola.

Con mis maletas en la mano y mis ojos hinchados, a lo lejos veía a un chico muy alto que después de casi cinco años ya ni reconocía. Pepe estaba ahí, listo para rescatarme y llevarme a lo desconocido. “¿Estás contenta?”, fueron sus primeras palabras, pero en realidad yo aborrecía estar ahí. Mi ropa era diferente a la de todos los demás; cuando hablaba, nadie me entendía y me miraban como un bicho raro. “¡Pepe, no quiero quedarme aquí, por favor dile a mamá que me deje regresar!” El me respondía: “¡Flaca! No me dejes solo!” En ese momento comprendí que no sólo estaba en otro país para curarme a mí misma, sino que también ayudaría a que otro corazón roto se aliviara.

Los meses pasaron, el tratamiento seguía, unos días más difíciles que otros. Yo luchando por mi vida, y él por ser parte de la mía. Fue tan arduo el camino que muchas veces nos quisimos dar por vencidos; pasamos hambre, frío y dormimos en la calle. Hubo días en los que nos encontrábamos en la sala de emergencias solos. Él me sostenía la mano y lloraba conmigo: “Hermana, ponte mejor para volver a casa”. Era su forma de alentarme, me daba la esperanza que ya muchos me habían quitado. El viaje fue largo pero logramos curar la enfermedad y la melancolía. Gracias a los Estados Unidos, hoy estoy viva.